



La suave piel, los balidos entre riscos y llanuras, el canto de la joven como la sonrisa que la lluvia ha propiciado.

La alegría llega al campo

Está demostrada la periodicidad de las lluvias en Canarias. Según los cálculos y el decir de la gente campesina, este año vendría con aguas y más cuando el calor apretó de duro en el estío.

Desde finales de septiembre, el vaticinio dictado por la "seriedad popular", en mucho coincidente con el "rigor científico" de partes meteorológicas, comenzaron las lluvias, a ramalazos, con trombas de costa a medianías norteñas, con cientos de metros cúbicos de agua caída y también perdida no sólo en la "isla redonda" sino en otras tan distantes como La Palma y Fuerteventura, prácticamente regada de norte a sur.

La lluvia ha traído también la sonrisa para el labriego. El medio rural ofrece y permite compartir un estado de ánimo que por zonas llega al júbilo. Oír y

echar una "conversá" con nuestra gente campesina, con los pastores, con los agricultores, hasta septiembre mismo, era sentir en lo más hondo el desaliento compartido con leves atisbos de esperanza.

Y llegaron las lluvias, cambió la faz del campo, el verde se impuso frente al ocre y al violáceo basalto. Los ganados tuvieron la jugosa yerba dejando de triscar y de arrancar las raíces de las pocas forrajeras desparramadas en la campiña, se apartaron de tunerales y piteras, de rastros de tomateros mezclados con "rafias" verdosas que le han producido males en ocasiones irremediables. Las tierras se surcaron. Las gavias "se bebieron". Llegó también la sonrisa.

Aunque, una vez más, "no ha llovido a gusto de todos". El agua se sigue deseando para llenar las presas, o bien

se ha recibido con rabia donde el chabolista vive, con indignación donde el alcantarillado no funciona, con pena donde el barranco la ha conducido al mar.

Este otro cariz por una vez ha sido superado por el júbilo que al finalizar el año las lluvias han originado... sin dejar de prestar atención a daños y perjuicios que pueda ocasionar cuando, de nuevo, "los barrancos corran de banda a banda".

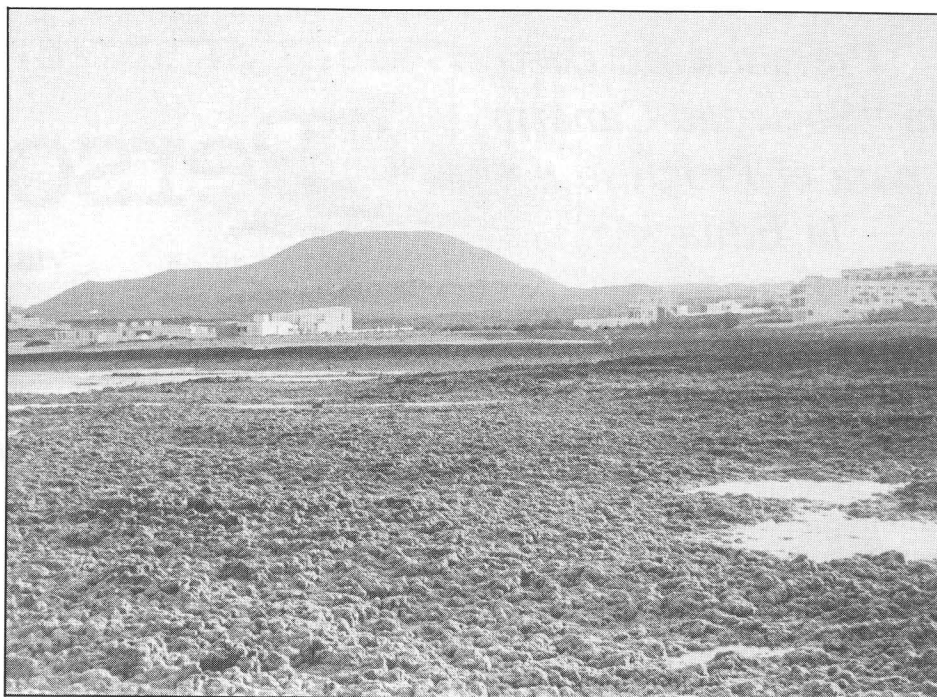
La estampa de este invierno tiene color verde y blanco: de firme otoñada en la corteza terrestre y de suave pelusa en la de los jóvenes baiños y corderillos cuyos balidos resuenan en los riscos y se esparcen en las planicies de nuestras islas, en las que el ganado logró supervivir por ese arraigo que algunos humanos aún tienen en y a las "cosas de la tierra".

La costa, espacio libre imprescindible

Quizás, por aquello de tenerlo todos los días bajo la vista o como medio de sudar el jornal, no se valore la costa, el litoral en toda su amplitud. Quizás, también, cuando sólo se aprecia en la misma el valor que como solar y terreno edificable tiene, no importa el uso, beneficios, necesidad y funcionalidad que como espacio libre posee y que, como tal, es imprescindible mantener.

Cierto que el isleño es hombre que mira a la cumbre y al mar a la vez como algo propio, cotidiano. En la retina, en la memoria, en el sentimiento, el canario lleva impresa esa doble estampa, esa panorámica que ya no le deja en su vida, ya habite al borde del mar, ya en la cumbre o en las planicies interiores continentales o en las más altas montañas de tierra adentro.

Sólo por eso no se le aprecia y respeta como la faja terrestre marítima requiere: por el uso cotidiano o por el abuso especulativo, ya que también pensamos se le adjudicó al isleño un sambenito que no se ajustaba a la realidad: “vivir de espaldas al mar”. El aborigen vivió y se alimentó junto y en el mar. El canario no tuvo reparos en surcar el



Plataformas extensas acariciadas por el mar y el sol... antes de llegar el cemento. Corralejo, Fuerteventura.

Atlántico aún en verdaderas “cascarillas de nuez”, no sólo por el tamaño sino por el estado de las muy variadas embarcaciones que utilizó, prácticamente calificadas algunas como “no aptas” para la navegación. Fue el mismo, sí, que por su querencia con la mar quiso y logró contactar con ella morosa y bravamente inventándose unos barquillos de velas desmesuradas, quillas cortas, espacio reducido y achique continuo a golpes de olas, timoneados tanto por la pericia como por el corazón, surgiendo un mundo donde ni el espectador está parado y que tan peculiar es en la balconada canaria: los botes, la vela latina, las pegas, los trabucamientos y el andar raudo, cual aves pelágicas.

Sentido lúdico, placentero, deportivo y no menos práctico y supervivencial: la vida del rocote, la pesca de bajura, la brega del pescador en otros tiempos meses y meses haciendo largas mareas, “en o a la costa”.

Sí, en la vida del isleño, del canario, el mar, la costa, el litoral, es una impronta permanente. Hasta que llegaron nuevos tiempos y la tierra y cantil se contempló sólo como asentamiento urbano, y el edificio taponó la vista al siempre añorado “sonoro Atlántico”... Fue entonces, también, cuando surgió la voz de protesta o de protección, el grito de lamento o de lucha en favor y defensa de ese especial y específico entorno de nuestras islas.

Surgió por una razón sin vueltas ni réplicas: la costa, el litoral es un espacio libre y, como tal, es imprescindible mantenerlo para disfrute de todos y para mantener también su funcionalidad, la cual queda rota e irrecuperable cuando en esa cinta costera surge la obra que la distorsiona.

Leyes, actitudes pero y con todo, acción racional y natural del hombre es la que puede salvar lo que es consuetudinario, lo que cada vez más escasea y más se agrade. Practicamente, en todas las islas. Importante, pues, el pulso que el canario tiene y al cual no puede desatender porque en ello va la pérdida o deterioro de lo que nos es imprescindible: el litoral, la costa.



La mar, tallando la roca, oxigenando la flora, alimentando los peces, deleitando al hombre... antes de llegar la especulación. Bañaderos, Gran Canaria.

Texto y Fotos:
ANTONIO CARDONA SOSA